

Prestar al que no tiene

Por Carlos DAVILA

(En *El Tiempo* de Bogotá, Junio 22 del 49).

Nueva York, junio.—Manejando caudales inmensos, menospreció la riqueza. Se propuso no ser millonario y lo logró. Gastó poco en todo lo personal menos en filantropía. En el más tradicionalista de los negocios vivió quebrando marcos y abriendo nuevos surcos. Ciñó la túnica americanísima de la destreza, la audacia y la integridad pionera, pero violó todos los lemas igualmente americanos de la prudencia: nunca anduvo despacio, no miró antes de saltar, no cuidó de afirmar el pie antes de dar otro paso y siempre se ocupó de más de una cosa a la vez.

Fué banquero como para provocar una nueva definición de ese vocablo. Llegó a la cumbre del éxito pecuniario predicando y practicando "ideales de servicio público". Amalgamó dos elementos que parecían repelerse sin esperanza: la banca y el pueblo. No lo intoxicó el dinero pero sí el afán de ponerlo a trabajar útilmente y en el nivel popular. Dos cosas descubrió que habían pasado inadvertidas a siglos de banqueros. Primero, que es más lógico prestar al que no tiene que al que tiene. Segundo, que había en la masa del pueblo un campo virgen esperando a los banqueros. Así el hombre común llegó a la banca y la banca llegó al hombre común y así también algún ensayista de palabras grandes podrá algún día escribir lo que yo no me atrevo, que Amadeo Peter Giannini fué el fundador de la democracia bancaria.

El 3 de junio, a los 79 años de edad y 67 de trabajo arduo, este hombre de certidumbres penetró en el gran tal vez. Nació en San José y murió en San Mateo, ambos en el Estado de la Puerta de Oro, donde ahora se va a discutir, me imagino, si fué California la que hizo a Giannini o Giannini el que hizo a California. En favor de la última tesis se recordará que fué Giannini el primero que mediante créditos a pequeños agricultores sin haberes promovió el cultivo de la fruta, ahora industria madre de California, y que él fué quien primero corrió los grandes riesgos avanzando créditos a la industria cinematográfica.

A los 7 años de edad perdió a su padre, un pobre inmigrante italiano; a los 12 estaba trabajando en un negocio de distribución de frutas y legumbres con su padrastro Scatena, a los 19 era socio de la firma, a los 31 era dueño de ella y la vendió a sus empleados para retirarse de los negocios con una regalía de 250 dólares al mes con la cual se proponía vivir despreocupado el resto de sus años. Pero luego estaba especulando en predios urbanos y cuando murió su suegro Joseph Cuneo, lo reemplazó en el consejo directivo de una empresa bancaria de familia, la Columbus Savings and Loan Society. Ese fué el primer paso hacia la edificación de su imperio. El directorio se negó a seguir la política gianniniana de prestar a los que no tienen; por eso A. I., como hasta ahora lo llaman sus amigos, dejó el negocio de la familia de su mujer, se alió de nuevo a su padrastro Scatena y diez amigos de su gremio de "fruteros" y con 150.000 dólares lanzó el Banco de Italia que manejó a su gusto y entender, es decir, poco

menos que como un laboratorio de experimentación financiera.

Mientras sus rivales esperaban aristocráticamente a los clientes en sus ventanillas despiadadas, Giannini andaba por calles y campos a la busca de ellos. Sus colegas clamaron contra esa "indignidad". ¡Qué horror!, Giannini manejaba su banco como si fuera un almacén de menestras y prestaba a gente sin haberes ni garantías... El fracaso era inevitable y sus colegas harían lo posible para producirlo. Cuando murió, su banco era el más grande del mundo con haberes avaluados en \$ 6.072.918.872 y tenía también la mayor suma de depósitos entre todos los bancos existentes, \$ 5.589.523.419.

Giannini parecía gustar de lo que la banca tenía de aventura: por eso en sus manos la más conservadora de las profesiones financieras tomó formas teatrales y nadie disfrutó más del espectáculo que el mismo autor.

En el terremoto de San Francisco (1906) recurrió a sus hábitos de vendedor de frutas. Cuando la tierra temblaba aún y las llamas y las turbas avanzaban sobre su banco, llevó a buen refugio los depósitos y valores disimulados en un carretón frutero. Al día siguiente, mientras los otros bancos entregaban "papelitos" a sus clientes, Giannini devolvía depósitos en dinero al contado y prestaba a diestra y siniestra. Veinte años más tarde afrontó por años una lucha titánica para salvar la Bancitaly Corporation que había fundado en Nueva York y fué más tarde su famosa Transamerica Corporation. Atraído por la fascina-

ción de su nombre, el público compraba acciones con delirio; Giannini publicó anuncios para implorar que no compraran más porque ya valían menos de lo que se estaba pagando por ellas. Fué inútil, y las acciones pronto se derrumbaron. En la crisis de 1929 invirtió otra vez 68 millones en comprar las acciones que se ofrecían en el pánico; otra vez fracasó y el derrumbe fué casi total. Pero todo se había derrumbado también, sólo que Giannini previó el auge inflacionista de Roosevelt y operó a tiempo para recoger todos sus beneficios.

Las dos empresas matrices de Giannini fueron la Bank of America National Trust and Saving Association y la Transamerica Corporation. Entre las dos manejaban una red inextricable de bancos y empresas de todas clases. Hace 27 años el Banco Federal de la Reserva estaba ya advirtiendo a Giannini que andaba muy cerca de violar la ley contra los monopolios y que en todo caso ya una "porción demasiado grande de la industria de la nación" dependía de una "estructura financiera que sólo Giannini controlaba y entendía". El secreto de Giannini fué la "ramificación" para llegar a la base de la pirámide económica. Su banco con 150.000 accionistas tiene 17 sucursales incluso en Londres, Zurich y Shanghai; el año pasado prestó 1.000 millones de dólares en 1.400.000 operaciones. "Por eso California, crece, crece y crece", decía su anuncio. Por eso también el Sistema Federal de Reservas, por primera vez en la historia, pasó el año pasado las atribuciones de la ley Clayton contra los trusts para investigar esas operaciones bancarias. La bandera flamea a media asta en la Universidad de California a la cual Giannini traspasó un cheque por \$ 1.000.000 obsequio de sus empresas donde tiene el título de "Presidente Fundador" y ganaba un dólar al año. No necesitaba vivir más de lo que le producía su modesta fortuna, de unos \$ 300.000.

Liturgia como Filosofía

(En *El Comercio* de Lima, 5 junio 49).

Sin duda la más brillante delegación del Congreso de Mendoza fué la limeña. Los nombres de los delegados que la componían son ampliamente conocidos. Ibérico Rodríguez, veterano del pensar y el bien decir, mejor escribir; Honorio Delgado, pensador distinguido y caballero prudente; Francisco Miró Quesada, toda una promesa para la Filosofía americana, y last but not least, Alberto Wagner de Reyna. Durante mi viaje de regreso a México he leído la *Introducción a la Liturgia* de Wagner de Reyna. Hace años que el tema me preocupa y hace otros tantos que padecí decepción leyendo a Romano Guardini, según parece la más alta autoridad en la materia, cuando menos desde el campo de la Filosofía. La modestia de Wagner de Reyna se alarmó cuando le dije que su obra me impresionó y me enseñó más, mucho más, que la de Guardini. Jugo además que esta hispano americana *Introducción a la Liturgia* otorga patente de filósofo ilustre a su todavía joven autor, Alberto Wagner de Reyna. Presento este nombre como uno de los más dignos de atención de nuestro mundo hispánico. La formación de Wagner de Reyna es europea, encuadrada dentro del idealismo germánico, el cual rebasa fácilmente porque es un poeta en

la manera de penetrar en las profundidades de la creencia y de la belleza.

El libro de Wagner de Reyna es lo que debe esperarse de una obra sobre Liturgia o sea, también un tratado de teología pero no de una teología conceptual y árida, construída en ideas puras, sino de un pensar que es manifestación de la arquitectura viva y ardiente; una revelación apoyada en la fe y ampliada en la contemplación del Universo. El alma es más que sus facultades, más que su sola razón y más que sujeto de la armonía; el alma es la imagen y semejanza del Dios en que se manifiestan las potencias infinitas, dentro de un orden que engendra amor y por lo mismo júbilo.

A propósito de las formas litúrgicas y su divina arquitectura, el autor peruano ha escrito páginas de una profundidad mística que quizá no tiene antecedentes en nuestra escasa y pobre producción hispanoamericana.

La Liturgia es un sistema de adoración que aprovecha los signos y las cosas, así como las facultades mejores de la conciencia, para dedicar al alma a su propia función que es la de glorificar la obra del Universo y en ella a su Autor. Es claro que mientras dure la vida terrestre habrá que dedicar esfuerzos a las exi-